

TERCER CAPÍTULO

De la mujer como fuente del pecado y la lujuria y de su fragilización. La virgen que ocupa el lugar de Eva

Abandonar la educación de las niñas, o descuidarla, es preparar la vergüenza de la propia familia.

Feliciano Montenegro Colón.

... su destino la llama á ciertas funciones especiales (...) Hablamos del gobierno de la casa, de la inmediata direccion de los negocios domésticos, de la diaria inversion del dinero, y del grave y delicado encargo de la primera educacion de los hijos, de que depende en gran parte la suerte de estos y de la sociedad entera.

En materias morales el respeto a la opinion debe ser siempre mayor en la mujer que en el hombre. Este podrá muchas veces verse obligado á quedarse á solas con su conciencia y á aplazar el juicio del público, sin arrojar por esto sobre su reputacion una mancha indeleble; aquella rara vez hará dudosa su inocencia, sin haber hecho tambien dudosa su justificacion. Tal es la diferencia entre la condicion social de uno y otro sexo, fundada en el diferente influjo que el honor de uno y otro ejercen en el honor y la felicidad de las familias.

Manuel Antonio Carreño.

3.1.- Prejuicios en torno a la figura femenina

Se iniciaba el mes de noviembre del año 2001 y las páginas amarillas de la prensa venezolana registraban un suceso espeluznante. Desde mediados de julio del mismo año, la sección de cuidados intensivos del Hospital Universitario de Caracas mantenía, bajo estrictas medidas de seguridad, a una joven paciente

de 18 años de edad quien al ingresar al centro médico presentaba numerosos traumatismos: craneoencefálico, facial, torácico, abdominal; además de estigma de lesiones en extremidades por mordeduras, quemaduras y trauma contuso.⁹⁰ Según el testimonio de la afectada, las contusiones habían sido infligidas por su compañero sentimental quien, entre otras cosas, la mantenía secuestrada y atada a una silla en un apartamento de su propiedad, lugar del que había sido rescatada oportunamente por funcionarios de la policía de Chacao en Caracas.

Hasta aquí el asunto parecía formar parte armónica de la crónica policial más selecta. Sin embargo, las posteriores declaraciones del padre del imputado exponen otros síntomas. Mediante un remitido enviado a *El Nacional* el 7 de noviembre del 2001, ejerce su defensa paterna con preguntas como éstas:

"¿Cómo no dudó [la periodista que hizo la denuncia] de si la que es presentada como pobre e ingenua campesina, no es, más bien, avezada y experta conocedora de las calles y de las páginas de avisos sugerentes de los periódicos de Caracas? ¿Cómo no se preguntó sobre la posibilidad de la existencia de una organización, con ramificaciones internacionales, que se especializa en la extorsión de hombres solitarios que logran contactar? ¿Cómo no investigó sobre la posibilidad de que esta aguerrida muchacha –y en ninguna forma dulce campesina- fue agredida con furia en un arreglo de cuentas internas de su grupo y luego decidió culpar a quien la acompañaba? ¿Y cómo aceptar, con esos antecedentes, la posibilidad de una violación?".⁹¹

Pareciera que los tópicos relacionados con la interpretación de la sexualidad y de la conducta social femenina poco han variado desde, al menos, mediados del siglo XIX, para sólo centrarnos en la cronología que nos interesa. Una visión de viejo cuño en relación con el comportamiento femenino convierte a la víctima en victimario pues, según estas declaraciones, es ella quien induce la agresión. Su trágico desenlace no es más que la consecuencia natural de una vida marcada por la concupiscencia, de espaldas a las nociones de virtud y recato que tradicionalmente le han sido asignadas a su sexo.

90 "A nivel craneoencefálico se evidenció una lesión en región parietal izquierda con costra sin sangrado activo, a nivel facial. Presentó hematoma palpebral (párpados) bilateral; lesión contusa en tabique nasal, deformidad en ambos labios con defecto y en ambos oídos. A nivel torácico, se evidenciaron lesiones por quemaduras y mordeduras en la piel de ambas mamas, igualmente dolor a la digitopresión de arcos costales, con expansibilidad torácica restringida. A nivel abdominal se apreció dolor, con defensa abdominal e irritación peritoneal". Informe Médico de la paciente Linda Loaiza López en Marlene Rizk, "Destrozada por todos lados". *El Nacional*. 08/11/01.

91 "Padre de Carrera Almoína exige respeto y reclama rectificación". *El Nacional*. 07/11/01.

Al menos dos ideas forman la urdimbre de este discurso. Por un lado, la visión de la mujer como representación del pecado y la lujuria y, por el otro, su fragilización. A ello contribuye el sentido de los epítetos: contra la "pobre e ingenua campesina", la "avezada y experta conocedora de las calles", que lejos de ser una dulce muchacha es, más bien, la aguerrida combatiente de un grupúsculo dedicado a la captura y extorsión de hombres solos.

No parece ingenuo el que defensa y acusación resalten estos valores, pues los mismos exponen con exactitud un ideal bien definido de conducta femenina, al tiempo que dos visiones contradictorias. De un lado, la consabida visión cristiana de la mujer como origen del pecado y máxima representante de Satanás en la tierra, una suerte de *femme fatale* cuyo árbol genealógico es inaugurado por la mismísima Eva. Del otro lado y, ejerciendo tracción en sentido contrario, asistimos a la fragilización de la conducta femenina y, en este orden de ideas, privan las nociones de ingenuidad, castidad y dulzura, indefectiblemente ligadas a la imagen de María Inmaculada. Como se observa en la cita que acabamos de leer, estamos lejos de la abolición de estos valores, también de la anulación o afirmación de uno en detrimento del otro. Más bien pareciera que en la actualidad ambas axiologías establecen un contrapunteo.

¿A partir de qué momento comienzan a mezclarse ambas visiones? ¿Qué necesidades las hacen posible? ¿Por qué son éstos y no otros los referentes y qué se espera obtener de ellos? Para empezar, digamos que la fusión de ambas visiones sucede paulatinamente en la Venezuela del siglo XIX, cuando María Inmaculada aparece para borrar las culpas de Eva.⁹² Esta tarea es, entre muchas otras, la labor que llevan a cabo las elites venezolanas durante este siglo, en el marco de la construcción de la nación. Esa conceptualización racional llamada Patria, que en Carreño cobra visos afectivos es, como veremos, la responsable de la elaboración de una intensa normativa de conducta a todo lo largo del siglo XIX. Como demostraré las razones no son ajenas a este proceso, pues es evidente que la indetenible participación femenina en la vida pública de la nueva nación, determina una urgencia: la reflexión acerca de los niveles y características de su participación.

92 "La culture catholique du XIX siècle fonde la valorisation du rôle maternel sur les comportements sentimentaux de piété féminine. La maternité de la Vierge a effacé la faute d'Eve". Michela de Giorgio, 1994:170. (La cultura católica del siglo XIX funda la valorización del rol materno sobre los comportamientos sentimentales de la piedad femenina. La maternidad de la virgen ha borrado la falta de Eva. La traducción me pertenece)

Respondiendo a estas necesidades, el "laboratorio republicano" elabora un amplio *corpus* de normas de conducta social conocido bajo el nombre de Manuales de Urbanidad. Ellos condensan un ideal de organización social, de sociabilidad ideal, basada en un acuerdo tácito sobre la conducta que debe tener determinado grupo social. Según esta concepción, los manuales legitiman el sistema de distinciones. Quienes conocen la normativa se reconocen en ellos como pertenecientes a una elite y quienes la desconocen cuentan con un método que les permite adquirir dicha apariencia.

Durante el mencionado periodo y, a pesar de que la mujer es incorporada a la vida pública, su participación sigue siendo directamente proporcional a su subordinación a la ley masculina y a su eficaz desempeño en el seno del hogar. Claro que al analizar el rol de los géneros en el marco de la construcción de la nación venezolana durante el siglo XIX, ofrecemos un aporte restringido de los hechos, pues en lo que respecta a lo femenino, el *Manual de Urbanidad* de Carreño ofrece un método de comportamiento para la vida en sociedad. En este sentido, se ocupa, sobre todo, de la conducta femenina en el marco de los círculos ilustrados de la ciudad; en consecuencia quedan excluidas las mujeres pertenecientes a la clase obrera o campesina, por no ser ellas destinatarias directas del texto. La conducta femenina de esta elite, se ordena alrededor del tópico de su capacidad sensible condicionando con ello las coordenadas de su participación en el proyecto de la nueva nación. Dicho en palabras de Mirla Alcibiades:

Aunque parezca un atropello decirlo, las nuevas responsabilidades que les asignaron sus congéneres contribuyeron a fortalecer más aún los lazos de subordinación en su relación con ellos y las colocaron (...) en un aparente protagonismo que sólo sirvió para atenuarlas en los espacios periféricos: los representados en el hogar y en una cultura entendida como el espacio de lo sensible, de lo no racional.⁹³

Esto es: la elite masculina ilustrada del siglo XIX venezolano otorga a las mujeres un espacio de acción circunscrito al campo de su sensibilidad. En un ambiente de gran tensión política y de guerras intestinas el papel de la mujer con-

93 Alcibiades, Mirla, 1996:122.

siste no sólo en suavizar el alma de los hombres, sino en sembrar el sentido de la tolerancia en el corazón de sus hijos, futuros conductores de la patria.⁹⁴

El discurso es totalitario en todas y cada una de las propuestas pedagógicas del siglo XIX. Se trata de educar el alma de los hombres, su lado sensible, y esto con el objetivo de alcanzar el tan anhelado bienestar de la patria. Si “el corazón [es] el único, o el mejor medio para enseñar al sér sensible”, no cabe duda de que “el método que parece mas racional es educar el corazón”.⁹⁵ De allí la empresa titánica de la madre de familia, responsable directa de la primera educación de los futuros miembros de la patria. Con estas afirmaciones Amenodoro Urdaneta esboza una de las grandes preocupaciones de la Venezuela decimonónica: la necesidad de morigerar el corazón de los hombres. Desarrollar una propuesta educativa capaz de limar las asperezas de su alma sensible con el único objetivo de conseguir el codiciado bienestar de la patria.

3.2.- Satanización y fragilización de lo femenino

Una revisión del *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* de Manuel Antonio Carreño nos permitirá esbozar estos aciertos. Pero antes de detenernos en un análisis exhaustivo del texto de Carreño revisaremos algunas fuentes de particular interés, pues ellas ofrecen el perfil de la época que vive el pedagogo caraqueño.

En 1855, la *Crónica Eclesiástica de Venezuela* publica un artículo que relata el suicidio de un joven de 21 años quien luego de un terrible desengaño amoroso decide quitarse la vida, no sin antes convertirse en el homicida de su amada. La cita que sigue, no es más que un fragmento de la carta que escribe antes de llevar a cabo la tragedia.

(...) La funesta estrella que me ha perseguido continuamente, puso en mi camino y cuando sólo contaba diezinueve años una mujer (...) digo mal, una víbora a quien he amado con delirio (...) por quien

94 “...la mujer estaba llamada a ser la sacerdotisa del templo familiar-nacional. Ella cuidaba de inculcar los buenos principios a los hijos para que, en el futuro, fueran buenos venezolanos (trabajadores, patriotas y amantes de la paz): ella calmaba el temperamento impetuoso del marido y lo ganaba para el trabajo, la Patria y la paz; ella era buena, dulce y virtuosa hija y se convertía en el ángel guardián del hogar donde, al lado de la madre, lograban armonizar las oscuras pasiones de los hombres de la casa y los enrumaban por la senda del trabajo, la Patria y la paz”. Alcibiades, Miria, 1996:112.

95 Urdaneta, Amenodoro, 1865. *El Libro de la Infancia. Por un Amigo de los Niños*. Caracas, Imprenta de los Estados Unidos de Venezuela. Las citas pertenecen a la edición hecha bajo la dirección de la Biblioteca Nacional de Venezuela en el marco de la Colección V Centenario del Encuentro entre dos Mundos. 1492-1992 / 1498-1998. Caracas, Fundación Latino, 1993:48.

hubiera dado hasta la última gota de la sangre que circula por mis venas, y en fin a la que adoro contra mi voluntad. (...) En vano he procurado borrar su imagen de mi mente, me recordaba en seguida las deliciosas horas que habíamos pasado juntos (...) y, en fin, esas mil delicias que sólo se encuentran al lado de la mujer amada. Los celos son la causa de mi perdición (...) sé que no me ama cual debía (...) mi amor propio resentido premedita una venganza terrible (...). mañana, a la caída de la tarde, cuando el sepulcral silencio de la noche haya sucedido al bullicio del día, daré a mi infiel amante el último abrazo, e iré a medir con ella la profundidad que tiene el cenagoso y sombrío Loire.⁹⁶

Unos meses antes, la misma publicación periódica ofrece un artículo del Obispo Mariano de Talavera⁹⁷ en el que se narra la vida de Santa Rosa de Lima en términos como éste:

Miraba con horror todo lo que era capaz de inclinarla al orgullo y a la sensualidad, y convertía en instrumentos de penitencia todas las cosas que hubieran podido comunicar a su alma la ponzoña de aquellos vicios. Los elogios que se prodigaban continuamente a su hermosura la hacían temer ser para los demás ocasión de caída, y así, cuando tenía que presentarse en público se frotaba el rostro y las manos con la corteza y el polvo de la pimienta de Indias que, por su cualidad corrosiva, alteraba la frescura de su tez.⁹⁸

Ambos fragmentos exponen parte de los métodos de persuasión contra la lujuria, proceso pedagógico de primer orden para la Iglesia de la época. Ellos condensan la batalla entre dos mujeres antitéticas: la santa y la prostituta. Si la mujer está en el origen del pecado es necesario, entonces, encorsetarla para evitar la polución. Durante siglos la Iglesia la constriñe en el seno del hogar, pues en vista de que la mujer es el instrumento por excelencia de las acciones de Satanás en la tierra, es necesario imponer su comedimiento, negar su risa, su desenvoltura,

96 "Horrible extremo a que conduce el amor apasionado y ciego que la religión condena". *Crónica Eclesiástica de Venezuela*. N° 38, Caracas, 28 / 11 / 1855. Citado por Pino Ilurrieta, Elias, 1993:26.

97 Coro (Edo. Falcón) 22.9.1777 - Caracas, 23.12.1861. Obispo de Tricala, orador sagrado, catedrático y periodista. Estudió en su ciudad natal las primeras letras. En 1791 llega a Caracas para estudiar en la Real y Pontificia Universidad. El 8 de diciembre de 1797 obtiene el grado de maestro en teología y el 23 de noviembre de 1800 el de doctor en teología. José Antonio Montenegro le dio clases de retórica. En su ancianidad, Talavera recitaba de memoria composiciones del maestro. Desde joven mostró excepcionales cualidades para la oratoria. En 1801 le fue conferida la ordenación sacerdotal de manos del entonces obispo de Caracas, Francisco Ibarra. De Caracas, Talavera se trasladó a Coro donde inicia el ejercicio de su ministerio pastoral. Después pasa a desempeñar el curato y vicaría de Barinas. Luego iría a Mérida, como secretario del obispo de aquella diócesis, Santiago Hernández Milanes. En esta ciudad ejerce la docencia en el Real Colegio de San Buenaventura. Al estallar la revolución de 1810 abraza la causa patriótica, que ayuda a financiar con su dinero.

98 "La primera Santa americana de origen". *Crónica Eclesiástica de Venezuela*. N° 26, Caracas, 5 / 9 / 1855.

regular su trato y su vestido; también su contacto con otros cuerpos, sus salidas y visitas, tanto como el baile.

El público se lastima y ve con vergüenza el aire inhonesto y provocativo en los trages, en el decoro, en los públicos enlaces de los brazos de ambos sexos, en las concurrencias a bailes y comedias, en las expresiones cariñosas, en las ideas y sentimientos puramente mundanos de que están poseídos, viendo, lo menos con indiferencia las cosas santas o haciéndolas por ceremonia y cosa más escandalosa por su inmodestia en las iglesias, de tan presto en el templo como en la comedia, en el altar que en el baile, y en la misma profanidad y trato licencioso.⁹⁹

Del mismo Ibarra¹⁰⁰ procede este relato sobre el traje de las caraqueñas:

Es el uno de estos males un traje inmodesto, incitativo, con que se dejan ver en esas calles, y aun en estos templos gran parte de las mujeres (...) con ambos brazos totalmente desnudos, con los pechos levantados y descubiertos, con la cabeza, espalda, y hombros visibles, por una red, y llamando la atención por varios curiosos y relucientes adornos. ¿No es éste el traje concedido por los gentiles a sus públicas ramerías? ¿Y será acaso irregular que Nos. llamemos a tales mujeres con la voz de San Juan Crisóstomo, corruptas y desonestas, con la de San Cipriano prostitutas e impúdicas, con la de Tertuliano, infelices víctimas de públicas liviandades, con la de San Agustín nunciadoras de un corazón adúltero, con la de San Jerónimo casa de todos los demonios diformes, y con la de San Bernardo órganos de Satanás?¹⁰¹

Pero a juzgar por lo que sigue, el asunto no terminaba en la indumentaria. Veamos la situación de la época expuesta por Pal Rosti, uno de los tantos viajeros que recorrieron Venezuela durante el siglo XIX:

⁹⁹ Ibarra, Francisco de. Pastoral 8 de noviembre de 1800. Archivo Arquidiocesano de Caracas (AAC). Sección Episcopales. Legajo 41, expediente 12, Fs: 85-90. Citado por Virtuoso, Francisco José. 2001: 115.

¹⁰⁰ Francisco de Ibarra (1726-1806) fue Rector de la Universidad de Caracas (1754-1758), primer obispo de Guayana (1791) y primer arzobispo de Caracas (1804). Se destacó en la adopción de las Constituciones Sinodales y fue un gran defensor de la moralidad cristiana de su época. Ibarra manejaba una muy particular idea de lo que en su concepción debía denominarse el desecocó femenino; es decir, el desenfado y libertad que las caraqueñas de su época manifestaban en el paso, la risa, en la llaneza fuera y dentro de la iglesia. No olvidemos que para la época, el ejercicio del control de la sexualidad pasaba por un control estricto de los horarios de exhibición pública: «era irregular, por ejemplo, que una mujer anduviese sola por las calles después de las siete de la noche» (Rodríguez, José Ángel, 1998: 37); también, por un control del vestido, pues «esas galas descubrían a menudo los cuerpos, en particular la cabeza—una ofensa a Dios dentro del templo—y aquellas partes consideradas esencialmente eróticas, la espalda, los brazos y los pechos» (p. 40). Veamos la descripción que Ibarra hace del vestido de las caraqueñas de su época y el cuidado que presta en la observación del mismo: «los veíllos los más transparentes, las mantas que más traslucieran, y que no cubriesen la cabeza, ni la espalda, las mangas cortadas que difundasen los brazos, las camisas descotadas o ceñidas de suerte que presentaren con mucha distinción los senos». El lector encontrará un interesante análisis al respecto en José Ángel Rodríguez, 1998.

¹⁰¹ Ibarra, Francisco de. Pastoral 12 de abril de 1806. AAC. Sección Episcopales. Legajo 41, folios 701 – 707. Citado por Virtuoso, Francisco José. 2001: 116.

Es difícil escudriñar con exactitud el carácter de los caraqueños, debido precisamente a las múltiples mezclas, consecuencias –en su mayoría– de las uniones ilegales. Juzgada desde nuestro punto de vista, la moral caraqueña es débil, pues -verbigracia- el que una muchachita del pueblo, de 13 -14 años, tenga ya su amante no sorprende a nadie, ni a sus padres; consideran esta relación como algo *matter of course*. Es -por consiguiente- muy grande el número de hijos ilegítimos y abandonados y -a raíz de esto- de vagabundos.¹⁰²

Salvando los prejuicios culturales que pueden haber interferido en la apreciación del húngaro Pal Rosti, resulta obvio que las naciones no se construyen con vagabundos. En todo caso, si tales son los niveles de promiscuidad en el pueblo llano, es evidente que la tarea de las elites no sólo va a consistir en normativizar la conducta femenina de los círculos ilustrados, sino también y, sobre todo, en estructurar los cimientos de la institución familia. Sólo así, en la medida en que se consolide el rol de cada uno de los miembros de la familia se estará en el camino de construir las bases de la nueva sociedad.

El siglo avanza y con él el acceso de las mujeres a la vida pública. Ubicadas en el centro de la periferia¹⁰³ siguen desempeñando funciones de buena madre y conciliadora esposa. Como era de esperarse, en la medida en que la sociedad se abre a su participación, se imponen medidas para normativizarla y en esta tarea los elementos y valores cuidadosamente estigmatizados por la religión subyacen en el imaginario de quienes elaboran manuales y métodos de comportamiento.

Los cambios entre el punto de vista de la nueva sociedad laica y el cristianismo son prácticamente imperceptibles. De allí que Carreño tampoco las pierda de vista otorgándole una sociabilidad articulada en las nociones de prudencia, virtud y otros valores fuertemente anclados en la sociedad de la época y que se revisarán más adelante. Carreño se ubica de este modo en la génesis de un proceso conocido como la laicización de la moral católica. En esta primera fase aún prevalecen los fundamentos de la Iglesia, a pesar de que los derroteros ideológicos son de carácter laico. En este sentido, Carreño se sirve del credo religioso para desarrollar su propuesta republicana. Es así como se ocupa de los mismos aspectos estigmatizados por sus antecesores, representantes del clero religioso:

¹⁰² La visita de Pal Rosti a Venezuela se produce entre marzo y agosto de 1857. *Útí Emléketek Amerikából* (1861) es el título original que agrupa las experiencias vividas por Rosti en América (Venezuela, Cuba, México, EEUU). La parte correspondiente a Venezuela fue editada por primera vez en 1968 por la Universidad Central de Venezuela bajo el título de *Memorias de un Viaje por América*. Nuestra cita ha sido extraída de Pino Iturrrieta, *Elias y Calzadilla*, Pedro, 2002: 109.

¹⁰³ La expresión pertenece a Alcibiades, Mirla, 1996.

el trato, el arreglo personal, la conversación, el baile, las visitas, las salidas y los gestos.¹⁰⁴ A continuación un extracto que condensa, palabras más-palabras menos, su misma cruzada de valores:

¿Y quieres tú ser casta rizándote, pintándote el rostro, regalando tu cuerpo con holandas y sedas, llenando tu estómago de regalos y exquisitos manjares, y preciosos vinos, derritiéndote el corazón con la afición que te lo tiene robado, y en medio de las ocasiones, risas, y conversaciones, que son las madres de infames caídas? No lo creas; si no te mortificas, no serás honesta; y si no haces penitencia, te caerás cuando más segura estés.¹⁰⁵ (El subrayado me pertenece)

En este punto cabe preguntarse si los métodos empleados por el pedagogo caraqueño son los mismos. ¿Hasta qué punto la aproximación de Carreño ha depurado el imaginario de la mujer como fuente de pecado? Las respuestas no son simples, pues ninguna expresión peyorativa al respecto se articula en su manual. Sin embargo, las características del cerco impuesto a lo femenino sugieren que la nueva sociedad republicana está lejos de olvidar la polución que pesa sobre la mujer desde los días de Adán y Eva y esto a pesar de las ideas republicanas y no necesariamente religiosas que sostienen las bases de la naciente república.

Carreño no comparte las afirmaciones de Ibarra; en su Manual el "bello sexo" no sólo es frágil, sino también poseedor de la sensibilidad necesaria para suavizar el corazón del hombre y sembrar la dulzura en el alma de los niños. Gracias a esa misma fragilidad, le corresponde a la mujer la preservación de su virtud y honor. Sin embargo, cada una de las normas de comportamiento que le han sido diseñadas son consonantes con las elaboradas para los mismos efectos (aunque por razones descarnadamente expuestas mediante la condición pecaminosa de la mujer) por las autoridades eclesiásticas quienes no escatimaron esfuerzos en mostrarlas como fuente de los peores pecados.

Los valores que Carreño otorga al sexo femenino, ofrecen otra lectura que, a su vez, lo muestra como fiel representante de su época: el bello sexo está naturalmente dotado para expresar dulzura y amor y en esta empresa sus modales

¹⁰⁴ En este capítulo nos ocupamos únicamente de la sociabilidad que Carreño acuerda para las mujeres de su época. En su momento se atenderán de las prescripciones sobre el cuerpo (posturas corporales, mirada, tacto, etc) y el trato en general. Estos aspectos nos obligarán, con certeza, a volver sobre algunos aspectos relacionados con la condición de la mujer en el Manual de Urbanidad.

¹⁰⁵ Castro, Francisco de, 1853:155. Reformatión Cristiana, así del Pecador como del Virtuoso. Barcelona, Librería de Ángel Calleja. El texto aparece en la Propaganda de Lecturas Gratuitas que usualmente circula en Caracas en 1885. La hoja contiene el catálogo de la Librería Literaria de Miguel Tornell y Olmos. El Boletín de Avisos, de Rojas Hermanos, también anuncia su venta. Citado por Pino Iturrrieta, Elias, 1995:280.

deben coincidir con ambas ideas. He aquí su destino: acompañar al marido, educar a los hijos y administrar el hogar con la benevolencia y equidad impuestas a su condición. Cualquier asunto que suponga raciocinio le está vedado, su papel no es otro que hacer valer la ley masculina. Primero la del padre y hermanos; después, la del marido que le toda en suerte.

Las fuentes que nutren este rosario de valores son de variada índole. La crítica especializada ha elaborado múltiples interpretaciones. Nos limitaremos a bocetear las principales directrices de estas aproximaciones. En primer lugar, el pensamiento político clásico excluye categóricamente a las mujeres de la ciudadanía y de su participación en los asuntos públicos, basándose en una serie de presupuestos acerca de sus capacidades espirituales e intelectuales.¹⁰⁶ Se reduce de este modo la participación femenina a la esfera doméstica y a la maternidad. En términos de Lucía Guerra, la mujer no era otra cosa que “un útero reproductor, un corazón grande y un cerebro pequeño”.¹⁰⁷

La contribución de Jean Jacques Rousseau en este aspecto es por demás emblemática. Profusamente leído por las elites de la Venezuela decimonónica,¹⁰⁸ máximo representante del pensamiento ilustrado y teórico del principio de libertad e igualdad como bases para el funcionamiento de la sociedad, Rousseau afirma en su *Emilio* que toda la educación de las mujeres debía estar circunscrita a los hombres. En este sentido, resultaba fundamental enseñarles a:

...agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean mayores, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce: éstos son los deberes de las mujeres de todos los tiempos y lo que ha de enseñárseles desde la infancia.¹⁰⁹

Las mismas ideas son compartidas por Carreño cuando expresa que el corazón femenino no sólo está obligado a expresar la virtud, el honor, el pudor y

106 En este sentido, las mujeres gozan de la misma exclusión que atañe a los representantes de las capas inferiores de la sociedad. “La condición de ciudadanía se estableció de esta manera en la Constitución de 1830: 1° Ser venezolano. 2° Ser casado o mayor de veintinueve años. 3° Saber leer y escribir; pero esta condición no será obligatoria hasta el tiempo que designe la ley. 4° Ser dueño de una propiedad raíz, cuya renta anual sea de 50 pesos, o tener una profesión, oficio, o industria útil que produzca cien pesos anuales, sin dependencia de otro en clase de sirviente doméstico, o gozar de un sueldo anual de ciento cincuenta pesos.

107 Guerra, Lucía, 1989:148.

108 “Sobre la lectura de El Emilio o la Educación tenemos las evidencias que nos han dejado las actividades censoras de la inquisición y del arzobispo Coll y Prat. En efecto, sabemos que el comisario del Santo Oficio, Díaz Argote, manda a retener el III y IV tomo del Emilio por considerarlos inconvenientes para la moral pública y la piedad. La medida será tomada el 24/1/1811. Coll y Prat aprueba esta retención y censura. Además entre los libros que con toda seguridad estuvieron siempre vigilados por la inquisición fue este del Emilio.” Virtuoso, 2001: 48. Al respecto podrá el lector revisar: Plaza, Elena, 1985. Vicisitudes de un Escaparate: la nueva raza de filósofos y la maldición del lenguaje del siglo. Caracas, IDEA, Centro de Humanidades. También: Castro Leiva, Luis, 1991. El Emilio de Narciso. Caracas, Material Mecanografiado.

109 Rousseau, Jean Jacques. Emilio. Libro V.

la decencia propias de su sexo, sino que está hecho para consolidar la felicidad de los hombres:

Piensen, pues, las jóvenes que se educan, que su alma, templada por el Criador para la virtud, debe nutrirse únicamente con los conocimientos útiles que sirven á esta de precioso ornamento: que su corazón, nacido para hacer la felicidad de los hombres, debe caminar á su noble destino por la senda de la religión y del honor; y que en las gracias, que todo pueden embellecerlo y todo pueden malograrlo, tan solo deben buscar aquellos atractivos que se hermanan bien con el pudor y la inocencia. (MU, 38 – 39) (El subrayado me pertenece)

Como se observa, los cambios son sólo epidérmicos. La divisa no parece ser otra que mantenerlas al margen de las decisiones; en este sentido, la mujer sigue pendiente de una ley masculina que si bien no la diaboliza tampoco le ofrece demasiada capacidad de maniobra. Al fragilizarla, al constreñirla en el seno de la familia, no sólo se garantiza su pasividad sino que se asegura su éxito como parte pasiva del engranaje social.

La mujer, por su condición de ser más sensible que racional, tenía la doble misión de ser artista y madre, es decir la doble vertiente de la creación, pues sólo pueden crear, decían muy dentro del espíritu romántico, las almas sensibles. Tanto como cultora de la música y la escritura como por su condición maternal, estaba llamada a convertirse en la modeladora de la conducta colectiva. Ese era, a grandes rasgos, el razonamiento.¹¹⁰

Sin hacerlo explícito, sin nombrar la condición que pesa sobre la mujer en los tuétanos del pensamiento de la época y, finalmente, sin torcer los valores, Carreño ofrece el manual de conducta requerido por cuantas mujeres deban exponerse en sociedad. Una conducta pasiva y sumisa que ofrece al menos dos lecturas paralelas: La idea de que una actuación femenina sin límites sería contaminante y la certeza de que su inteligencia está vedada a asuntos de la razón. En consecuencia, más vale que cultive las cualidades primarias que posee para ejecutar con coherencia los designios del varón que le ha sido asignado.

¹¹⁰ Alcibiades, Mirla, 1996:112.

3.3.- Inferioridad femenina

Las estrategias discursivas que se tejen en torno a lo femenino, corroboran hasta la saciedad la idea de su "ineptitud" en asuntos que no estén circunscritos al seno de la familia. Para ello se esgrimen minusvalías intelectuales, como ésta que elabora el obispo Ibarra a principios del siglo XIX: "(...) que les reserven dolores de cabeza con historias simples y no con asuntos de complicación, pues que no entienden y el tiempo es perdido".¹¹¹ La reflexión filosófica de la época aumenta el estigma femenino argumentando su inferioridad en términos de estrechez mental, de escasa capacidad de raciocinio y, en consecuencia, declara su incapacidad para conducir los diversos aspectos de la vida pública.

Más que el pueblo en la calle, me preocupan las varonas. Si ellas se meten, se hará un revoltillo. Esas varonas no saben de comercio, mucho menos de bancos. No saben de gobierno, mucho menos de partidos. No saben de doctrinas, mucho menos de oposición a la europea. No pueden ser más que de sus maridos y de sus hijos. No saben aprender, como pasa en la Doctrina. Esas ideas no les pueden entrar en la cerviz, por empeño que se haga.¹¹²

Pero las razones no son sólo intelectuales; inconformes, envidiosas y entrometidas, además de frívolas, son algunos de los adjetivos con los que se las etiqueta. Quien así las describe es nada menos que Feliciano Montenegro Colón.¹¹³ En sus *Lecciones de buena crianza moral i mundo* no escatima esfuerzos para ocultar su disgusto ante ciertas prácticas femeninas; tampoco, para precisar los deberes que le son concomitantes:

(...) convendría que los padres recordaran a sus hijas, que para llenar sus futuros deberes están obligadas, antes de todo, al aprendizaje de los oficios caseros anexos a su condición, sin desdeñar el conocimiento de los inferiores: que las corresponde luego imponerse del manejo de una casa en todo sus ramos, a fin de poder dirigir con

111 Ibarra, Francisco de. "Instructivo sobre pláticas". AAC. Sección Episcopales, Legajo 37, Caracas, 1 de marzo de 1802. (Citado por Pino Iturrrieta, Elias. 1993: 34.)

112 Fernández Peña. "Notas del Arzobispo Fernández Peña". AAC. Sección Episcopales, Legajo 47, Caracas, 1843. El comentario del Arzobispo aparece cuando el país es sacudido por el crecimiento del partido liberal. Citado por Pino Iturrrieta, Elias. 1993: 35.

113 La labor de Feliciano Montenegro Colón como educador y fundador del Colegio Independencia en 1836 es por demás encomiable. De él afirma Páez: "Montenegro tenía que habérselas con una juventud nacida durante una revolución fecunda en hazanas militares, celosa de su independencia, y en su mayoría hija de padres valientes hasta la ferocidad, é ignorantes en todo lo que no era el manejo de las armas. ¿Cómo no gobernar hasta cierto punto millitarmente á jóvenes que no conocian otra disciplina? Si en mi patria fueran á erigirse estatuas á los hombres eminentes, yo votaría por que se levantara una al hombre que despues de las fatigas de la guerra, de los desengaños de una vida agitada, tuvo aun fuerza de animo para luchar con una juventud indócil, cuyos mismos padres no comprendian el valor del servicio que él se proponia hacerles á ellos y á la patria". Cf. Páez, José Antonio, 1946: 191 (2 vol.)

acierta su práctica: que de esto depende la economía que es consiguiente a la intervención y vigilancia de las buenas esposas: que no merecen este título las ociosas y descuidadas; y que con preferencia a la hamaca, a la ventana y a la charla, deben ocuparse del aseo de sus casas y en varias minuciosidades que no son de olvidarse. (LBC, 84) (El subrayado me pertenece)

Del mismo modo se estigmatizan los vicios femeninos. Para empezar, las mujeres tienen tendencia a decir lo que no deben: "No fíes tu secreto a nadie y menos a mugeres y charlatanes: guarda sí el que te confíen, para que no te inscribas entre ellos". (LBC, 195) Son, por otro lado, ociosas y entrometidas:

La ociosidad en las mujeres las hace además entrometidas, pues el abandono de sus quehaceres las incita a pensar en lo que no les va ni les viene; impeliéndolas también a tomarse la autoridad que no tienen: todo lo critican entonces, de todo murmuran y en todo se mezclan para decidir: algunas hay tan imprudentes que ni sus maridos se hallan libres de su imperiosa voz de mando (...) *Sería muy bueno que tales parejas cambiasen de vestido*. (LBC, 165) (Cursivas en el original)

Envidiosas:

La envidia de las mugeres parece de otra ralea ó linage, segun las frivolidades de que nace; pero no por ello llega a ser menos caústica, aprovechandose muchas de particulares circunstancias, para atacar el buen nombre, ó el mérito de aquellas a quienes miran como estorbo de sus planes. Aun de fea á fea, de hermosa á hermosa, de rica á rica, y de pobre a pobre, se suscitan rivalidades y cualquier preferencia de parte de otras personas, les causa melancolía y enfado: no se desahogan entonces, ni con su llanto de rabia: tienen a la mano mil sutilezas, para deprimir lo que sus aborrecidas hacen y no hacen: inventan contra las mismas lo que les sugiere el frenesí de no haber sido privilegiadas; y se ciegan tanto que ni con la gazmoñería pueden encubrir el tormento en que viven día y noche sin descanso, cambiando los bienes ajenos en males propios. (LBC 38-39)

En cuanto a la frivolidad femenina, Montenegro es partidario de las apreciaciones de Ibarra cuando se increpa a sí mismo con preguntas como éstas:

“¿Por qué muchas madres se engalanan más que sus hijas? ¿Para llamar acaso la atención por sus atavíos?, que lo digan ellas.” (LBC, 200) Desde su perspectiva, las disquisiciones intelectuales son sólo un medio para mostrar otros encantos y desvirtuar el carácter de la discusión:

Las mugeres entre sí (...) estan mas obligadas en sus conversaciones á las reglas de la decencia y á los preceptos de la modestia (...) su buena crianza luce entonces doble que la de los hombres; no debiéndose manifestar jamás pueriles, curiosas ni relamidas. Las desacredita la bachillería: las ennoblece una dulce afabilidad, sin llanezas, ni preferencias: las hace poco favor hablar de carretilla, las ridiculiza el continuo abaniquéo, para hacer gala de los anillos, ya que no pueden de bellas manitas: son blanco de la sátira, si dan en la necedad de reirse sin cesar, para que todos vean sus limpios y marfileños dientes; y si por desgracia, como acostumbradas á leer malas novelas, las gusta el papel de sentimentales, buena hacienda lograrán, con su mirar de afliccion; sus expresiones de falsa bondad; y su predisposición á vivir ociosas, solicitando nuevos libritos de amoríos, de firmeza juvenil; y de protestas que desaparecen, casi al ser pronunciadas y poco después de oidas. (LBC, 85-86) (El subrayado me pertenece)

Como se observa, pocas esperanzas de raciocinio se les concede a las mujeres de la época, pues ni siquiera sus reflexiones sobre “libritos de amoríos” ofrecen una aproximación interesante.¹¹⁴ Las razones no son otras que carencias de origen biológico, tal y como lo expresa el pensamiento positivista hasta bien entrado el siglo XIX. Para muestra, esta perla:

(...) el cerebro de la mujer pesa una décima parte menos que el del hombre, pues según unos aquél llega a 1.272 gramos a los treinta años, mientras que éste se eleva a 1.424; y según otros, las cifras respectivas son de 1.300 a 1.450. A lo que deberá agregarse que las diversas regiones cerebrales no aparecen igualmente desarrolladas: en el hombre lo está la región frontal y en la mujer la lateral y posterior. Además el occipital de esta última se dirige horizontalmente hacia atrás; todo lo cual (...) ha llevado a la conclusión de que

¹¹⁴ Sobre éste y otros aspectos en torno a la condición de la mujer y a su educación durante el siglo XIX revisar: Quintero, Inés. 1996. También: Alcibiades, Mirla. 1996. Finalmente, constituye un aporte interesante la compilación hecha por Starr, Tama. 1993. La “Inferioridad Natural” de la Mujer. Barcelona, Alcor.

la mujer es un ser perpetuamente joven que debe colocarse entre el niño y el hombre (Letourneau).¹¹⁵

3.4.- Función social de la mujer. Esposa y madre

3.4.1.- El Modelo Católico

Las bases que sustentan este pensamiento son de origen católico. En este sentido, el arquetipo femenino que está en juego es el de la madre que instruye. Se reafirma de este modo su pertenencia al seno de la familia; esto es, al esposo que le toca en suerte y en el acto se le adjudica un papel de primer orden en relación con la educación de los hijos, futuros miembros de la patria. Las ideas emancipatorias de la República, no se apartan de los criterios que rigen el papel social de la mujer. Bien por el contrario, estos criterios se mantienen estrechamente ligados al pensamiento tradicional y a la moralidad cristiana. En este orden de ideas, la educación de la mujer está circunscrita al espacio doméstico. Debe, por lo tanto, enseñársele a administrar su hogar, ser virtuosa, educar adecuadamente a sus hijos y consolidarse en soporte moral de la familia, núcleo fundamental de la sociedad.

En la mujer es el método acaso mas importante que en el hombre; pues á mas de serle á ella aplicable todas las observaciones que preceden, su destino la llama á ciertas funciones especiales, en que necesariamente ha de ser el método su principal guia, so pena de acarrear á su familia una multitud de males de alta trascendencia. Hablamos del gobierno de la casa, de la inmediata direccion de los negocios domésticos, de la diaria inversion del dinero, y del grave y delicado encargo de la primera educación de los hijos, de que depende en gran parte la suerte de estos y de la sociedad entera. (MU, 64-65).

Si antes se solicitaba una determinada conducta femenina en nombre de la Iglesia, ahora son otros los derroteros. En todo caso, las mudanzas son sólo periféricas, pues la nueva República no hace más que reinsertar en la sociedad los mismos valores proclamados por el cristianismo. La sociedad decimonónica

¹¹⁵ La afirmación pertenece al científico positivista Luis López Méndez. Mosaico de Política y Literatura. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1992: 67

venezolana tiene nuevo propietario: su nombre es República y el tono de su discurso es laico, aunque cueste deshacerse de los valores cristianos profundamente arraigados en la sociedad. En función de la preservación de la República se emplearán todos los métodos posibles. Cada uno de los actores sociales tendrá un rol y un guión bien definido: el hombre en la calle, ocupándose de sus negocios; el niño en la escuela, aprendiendo lo necesario para construir el futuro de la nación; el maestro educando y vigilando la educación de los niños; la mujer en la casa, garantizando la coherencia de la familia y de la sociedad entera.

La encomienda no es cualquier cosa. Mucho más cuando sabemos que la educación no es todavía un fenómeno masivo.¹¹⁶ Le corresponde, entonces, a la madre impartir la primera educación de sus hijos y lo que es más delicado: de ella pende su bienestar futuro y con él, el de la patria.

La mujer inmetódica ofrecerá, en cuanto la rodea, el mismo cuadro que ofrece el hombre inmetódico, con todas las desagradables consecuencias sociales que hemos apuntado. Pero ella no quedará en esto sólo; porque comunicando su espíritu de desorden á todo el interior de su casa, al desperdicio del tiempo se seguirá el desperdicio del dinero, al mayor gasto los mayores empeños, y á los empeños la ruina de la hacienda. Además, como las costumbres de la madre de familia se transmiten directamente á los hijos, por ser en su regazo que pasan aquellos años en que se graban mas fácil y profundamente las impresiones, sus malos ejemplos dejarán en ellos resabios inextinguibles, y sus hijas, sobre todo, que á su vez llegarán también á ser madres de familia, llevarán en sus hábitos de desórden el gérmen del empobrecimiento y de la desgracia. (MU, 65).

Es natural que a la hora de consolidar las bases de la naciente república se eche mano de aquellos fundamentos morales que gozan de alto prestigio, como los de la moralidad católica.¹¹⁷ La Iglesia ya había convertido a la madre en

¹¹⁶ En 1939, la Dirección General de Instrucción Pública se veía en el embarazoso deber de reconocer lo siguiente: "De las 537 parroquias de la República, se cuentan 416 sin ningún establecimiento público de instrucción primaria, y que los de las 121 restantes están mal montados; y preciso es decirlo, con preceptores que careciendo, por lo general, de las calidades necesarias para desempeñar su cargo".

¹¹⁷ "Au demeurant, il est commun au XIX^e siècle, époque où se côtoient des credos politiques et religieux très divergents, de faire appel à des modèles forts pour soutenir les vertus morales. Ainsi l'archetype de la "mère institutrice", né à l'époque révolutionnaire au cours des débats sur l'éducation féminine. La "nouvelle mère", qui inculque, développe et fortifie les vertus sociales et individuelles, d'abord dans le cœur de ses fils, puis dans celui des hommes, est un classique de la pensée pédagogique révolutionnaire, de Lakanal à l'italien Buonarroti." De Giorgio, Michela. 1994: 170. ("Entre tanto, es común en el siglo XIX, época en la que se mezclan credos políticos y religiosos muy divergentes, apelar a modelos fuertes para sostener las virtudes morales. De esta manera, el arquetipo de la "madre que instruye", nace durante la época revolucionaria, en el curso de los debates sobre la educación familiar. La "nueva madre", que inculca, desarrolla y fortifica las virtudes sociales e individuales, primero en el corazón del niño, después en el de los hombres, es un clásico del pensamiento pedagógico revolucionario, de Lakanal al italiano Buonarroti." La traducción me pertenece)

maestra y la República no hace más que refrendar el título. En lo concerniente a la educación femenina, es evidente que al constreñir su destino en el seno de la familia, se diseñan las coordenadas de lo que serán los pivotes de su instrucción, las bases educativas necesarias para ejercer con coherencia sus funciones de madre y esposa.

La mujer debe educarse en los principios del gobierno doméstico, y ensayarse en sus prácticas desde la más tierna edad. Así, luego que una señorita ha entrado en el uso de la razón, léjos de servir á su madre de embarazo en el arreglo de la casa y la dirección de la familia, la auxiliará eficazmente en el desempeño de tan importantes deberes. (MU, 100)

Tal y como lo establece la doctrina cristiana, la mujer debe aprender, en principio, a cuidar su alma para que sea virtuosa y sus modales para que su apariencia así lo confirme. Debe, además, saber leer, al tiempo que conocer los principios básicos de la aritmética de modo que sea capaz de distribuir eficazmente la hacienda familiar. Coser, bordar y cocinar, un poco de bellas artes y algo de gramática, darán el lustre final a su formación.¹¹⁸

Por otro lado y volviendo al tópico de la fragilidad femenina, es evidente que el modelo la hace apta para inculcar sin atropellos y con la dulzura inherente a su condición de "bello sexo" los valores cristianos desde la más tierna edad de sus hijos. Más aún, su condición de "bello sexo", estigmatiza lo que según los valores de la época debe ser la conducta femenina: dulce e inofensiva, amable y prudente, bella y casta, delicada y decorosa. Veamos las previsiones que sugiere Montenegro:

Si tratas de casarte, elige la esposa, sin precipitación, entre las mugeres no feas, ni demasiado bellas y cuya madre no haya dado que decir; pero averigua además si la prevista es peleadora, porque una compañera de este carácter es un verdadero demonio.
Si te casas viejo y con niña, no te quejes de su soberanía y cuenta con sus carcajadas y desprecio en demostración de esa soberanía. (LBC, 200)

118 *En el Colegio Nacional de niñas de Caracas, en el cual para el año 1841 se encontraban inscritas 104 alumnas, todas ellas asistían a las clases de lectura, Doctrina y urbanidad; 103 a las de Costura; 89 a Escritura; 68 a Bordado; 50 a Gramática Castellana; 33 a Aritmética; 24 a Dibujo; 22 a Geografía; 11 a Música y 10 a Historia.*
Quintero, Inés. 1996: 87.

La empresa pedagógica es tan totalitaria como la definición de sus objetivos: establecer los roles y el guión de cada uno de los actores del engranaje social. En el caso de la mujer, los tópicos inherentes a su condición de "bello sexo" la condicionan. De modo que cada uno de sus gestos, cada palabra dicha será interpretada según el modelo que le ha sido asignado. Todo debe ajustarse al libreto de la sensibilidad y la dulzura, indispensable para mantener el equilibrio ciudadano. Aún en los momentos más difíciles de sus tareas domésticas, la delicadeza que le es innata no debe verse alterada, pues ello forma parte del camino de sacrificios inherentes a su condición de esposa y madre:

La mujer se halla más expuesta que el hombre á incurrir en la falta de levantar la voz, porque teniendo á su cargo el inmediato gobierno de la casa sufre directamente el choque de las frecuentes faltas que en ella se cometen por niños y domésticos. Pero entienda la mujer (...), que la dulzura de la voz es en ella un atractivo de mucha mas importancia que en el hombre: que el acto de gritar la deslucen completamente; y que si es cierto que su condición la somete bajo este respecto, así como bajo otros muchos, á duras pruebas, es porque en la vida no nos está nunca concedida la mayor ventaja sino á precio del mayor sacrificio. (MU, 100)

(...) en la mujer, como ya hemos dicho, la dulzura de la voz es no solo una muestra de cultura y buena educacion, sino un atractivo poderoso y casi peculiar de su sexo. (MU, 140)

Siguiendo las líneas del mismo libreto y por la vía de la misma sensibilidad, llegamos a la condición física de la mujer. Sin tocar los extremos de sus antecesores y coetáneos, Carreño amplía el cerco que desde siempre le ha sido impuesto a lo femenino, llevándolo a un espacio tolerable con los nuevos valores ciudadanos. Si la mujer ya no es perversa sino débil debe, como tal, ser protegida por el hombre en virtud de su fragilidad. He aquí la máxima.

Si por desgracia amenaza algún peligro a la embarcación en que nos encontremos, rodeemos á las señoras; y aun cuando nos sintamos impresionados y temerosos nosotros mismos, procuremos aparecer ante ellas tranquilos y serenos, á fin de consolarlas y de

comunicarles aquel grado de valor que se necesita en tales ocasiones, y de que generalmente está privado su sexo. (MU, 130)

En relación con el tópico de la virtud, uno de lo más sensibles en todo cuanto concierne a la fragilización de lo femenino, se elaboran numerosas estrategias de preservación. La más categórica: hacer a la mujer responsable, no sólo de su honor personal, sino también del honor de la familia y aún de la sociedad.

... ellas [las mujeres] tenían una importancia medular para la comunidad, imaginadas en cuanto madres de los nuevos hombres y defensoras de la vida privada que, a partir de la independencia, se consideraban cada vez más como el refugio para quienes participaban en la agitada vida política. Dos aspectos de la recodificación sexual merecen atención especial: la construcción del hogar como un territorio de estabilidad y decencia doméstica sin ningún elemento de vulgaridad, y el desplazamiento de lo religioso hacia lo nacional, que una vez más marcaba que la "pureza" era responsabilidad de las mujeres.¹¹⁹

Impensable cualquier extravío de su conducta que ponga en peligro la percepción de su inocencia y la reputación de la familia a la que pertenece. Por ello, el texto es categórico al definir su conducta social y al condenar cualquier ultraje al pudor femenino hecho por terceras personas:

En vano buscaríamos palabras con que expresar la magnitud del ultraje que se hace á la sociedad, de la vileza en que se incurre, de la malignidad que se revela, cuando directa o indirectamente se ataca en público la reputación moral de una mujer. En el bello sexo están vinculados los mas altos intereses sociales, y no hai felicidad posible, no hai porvenir ninguno, donde los fueros de su honor y de su delicadeza no tengan un escudo en el pecho de cada ciudadano. La injuria dirigida por la prensa á cualquiera de los asociados, es, como hemos dicho, una injuria á toda la sociedad: cuando se dirige a una mujer, es ademas una herida profunda que se hace en el corazón de la moral, y rara vez un hecho aislado que no comprometa el honor y el reposo de toda una familia , y que no incluya por lo tanto

119 Franco, Jean, 1994: 115-116.

el mayor de todos los crímenes, el sacrificio de su inocencia. (MU, 317).¹²⁰ (El subrayado me pertenece)

Pero no sólo se trata de su conducta, pues parte de las estrategias de preservación de la virtud femenina generan repercusiones directas a nivel del lenguaje. Por un lado, se apreciará la palabra correcta, el buen decir, el sonido menos discordante posible; así mismo, se mencionarán sólo aquellas partes del cuerpo que permanecen expuestas. Por el otro, se recurrirá al silencio, al valor de lo no dicho, complemento clave de la conducta social femenina. El silencio ofrecerá a la mujer una herramienta de primer orden en la empresa de la preservación de su virtud. La utilización del silencio muestra, por otro lado, las infranqueables diferencias morales entre los sexos: el hombre podrá decir, porque el acto de decir es consustancial a su naturaleza; la mujer, en cambio, deberá callar si no quiere parecer inmodesta. A ella le está negado el derecho a contravenir la opinión ajena a despecho de poner en duda su inocencia.

En materias morales el respeto a la opinión debe ser siempre mayor en la mujer que en el hombre. Este podrá muchas veces verse obligado á quedarse á solas con su conciencia y á aplazar el juicio del público, sin arrojar por esto sobre su reputación una mancha indeleble; aquella rara vez hará dudosa su inocencia, sin haber hecho también dudosa su justificación. Tal es la diferencia entre la condición social de uno y otro sexo, fundada en el diferente influjo que el honor de uno y otro ejercen en el honor y la felicidad de las familias. (MU, 316).¹²¹ (El subrayado me pertenece)

3.4.2.- El culto a las apariencias

Un modelo moral de larga data se articula en este razonamiento sobre el honor femenino. Es bien conocido el peso que la tradición española otorga a la noción de honor. La literatura de los Siglos de Oro confirma la importancia que otorga la España católica a una noción que es a su vez decisiva para determinar la calidad moral de los ciudadanos y que establece relaciones directas con la sexua-

¹²⁰ Tal vez no sea ingenuo el que este apartado sea el último del capítulo y del libro. Es evidente que a Carreño le interesa dejar bien esclarecido lo concerniente a los valores morales de la mujer. No podía ser de otro modo viendo el rol protagonista que a ella le ha sido asignado.

¹²¹ El Apartado tiene una nota de Mme. Staël al pie de la página: "El hombre debe arrostrar la opinión; la mujer debe someterse a ella"

lidad de los individuos.¹²² Lo primero que salta a la vista al revisar los aportes de la crítica especializada es la complejidad de aspectos que se articulan alrededor de la noción de honor.

En efecto, en ella se mezcla el estatus social, la reputación y la virtud del individuo. Virtuosa es la mujer casta, el hombre que cumple con sus deberes ciudadanos y el caballero valeroso. Igualmente confundida con la noción de honor se encuentra la buena reputación, consecuencia directa de la virtud, del mérito o de las buenas acciones de las personas. Finalmente, el honor es un valor que trasciende a las familias, individuos y actos de quien lo disfruta.

En d'autres termes, l'honneur, c'est les autres, ou, plus exactement, le discours des autres. On n'a l'honneur que pour autant qu'on vous honore, et il suffit d'un soupçon, d'un mot, pour qu'on cesse d'être honorable/honoré.¹²³

El honor o la honra¹²⁴ y sus contrarios: deshonor, deshonra, así como sus múltiples variantes: oprobio, agravio, afrenta, ofensa e ignominia, entre otros, establece connotaciones axiológicas que varían según el género. En este sentido y para sólo ceñirme a los intereses de esta investigación diré que cuando de la mujer se trata estas connotaciones serán siempre de tipo sexual. El honor es, entonces, honestidad y recato femenino visto desde la perspectiva de la opinión social de que gozan quienes poseen estas virtudes.

Con variaciones menores el catecismo de la educación femenina contemplaba algunas máximas absolutamente claras y precisas que permitían conducir a las féminas por la senda de la virtud, hasta que les llegase la hora de unirse por siempre a Dios o a un mortal: los

122 "Il se trouve, en effet, que le thème de l'honneur –dont Lope de Vega affirmait dans son *Arte Nuevo* qu'il touchait particulièrement le public: 'los casos de honra son mejores, porque mueven con fuerza a toda gente'– recouvre bien souvent, lorsqu'il fait référence à la femme, tout ce qui a trait au sexe. Le père, jaloux de la virginité de sa fille, la surveille jour et nuit: le mari soupçonne tout homme passant trop souvent devant sa maison: la jeune fille évite –ou dissimule– lorsqu'elle est prudente et avisée, toute situation susceptible d'entacher son honneur, la visite d'un galán, par exemple. Préoccupations constantes pour tous les personnages – l'exception des serviteurs– la virginité pour la jeune fille ou la chasteté pour la femme mariée envahissent littéralement le champ de l'honneur." Déodat-Kessedjian, Marie-Françoise, 2002:1. ("Parece, en efecto, que el tema del honor –del que Lope de Vega afirmaba en su *Arte Nuevo* que se refiere particularmente a lo público: 'los casos de honra son mejores, porque mueven con fuerza a toda gente'– se asocia con frecuencia, cuando se trata de la mujer, de todo aquello que se relaciona con el sexo. El padre, celoso de la virginidad de su hija, la supervisa día y noche; el marido sospecha de cuanto hombre para muy seguido frente a la casa; la joven evita –o disimula– si es prudente y lista, toda situación susceptible de manchar su honor, la visita de un galán, por ejemplo. Preocupaciones constantes para los personajes – a excepción de los sirvientes–, la virginidad en la joven o la castidad en la mujer casada invaden literalmente el campo del honor". La traducción me pertenece)

123 Molho, Maurice, 1995: 307. (En otros términos, el honor, son los otros o, más exactamente, el discurso de los otros. Sólo se tiene honor en la medida en que el otro nos lo confiera, y basta una pequeña duda, una palabra, para que dejemos de ser honorables y honorados. La traducción me pertenece)

124 Saltamos deliberadamente la discusión inconclusa entre partidarios y contrarios de la sinonimia en las nociones de honor y honra y aceptamos sin más la postura de la crítica en favor de la sinonimia. El lector interesado encontrará una abundante reflexión sobre este aspecto en Chauchadis, Claude, 1982. "Honor y Honra o cómo se comete un error en lexicología". En Chauchadis, Claude, *sl. Etudes sur L'honneur. Recueil de communications et d'articles publiés sur le thème de l'honneur de 1977 à 1991*. Toulouse, Université de Toulouse – Le Mirail, U.F.R. D'Études Hispaniques. Pgs. 108 – 129.

dos destinos previstos para una mujer de comprobado linaje, considerable caudal e intachable virtud.

De las mujeres se esperaba, en primer lugar, que fuesen castas, de allí se desprendía el resto de los requerimientos: ponderación, mesura, obediencia, pudor, templanza, diligencia, generosidad, sobriedad, sencillez, modestia, recato. (...) La razón fundamental de la demanda era garantizar que pudiesen lograr un matrimonio conveniente, que no hubiese la posibilidad de una negativa originada en la mala conducta de la doncella, máxime si la joven era de acaudalada y distinguida familia, de allí el interés de padres y hermanos de velar por la buena educación y ejemplar comportamiento de quienes, en un futuro, serían las responsables de prolongar la estirpe, de perpetuar el linaje.¹²⁵

Si de la posesión del honor, y por ende de la virtud y el recato femenino, depende la apreciación del otro y aún la preservación del linaje de las grandes familias, se entiende por qué este mismo honor pone en marcha un culto exacerbado de las apariencias. No olvidemos que en el marco de la nueva sensibilidad acaecida a todo lo largo del siglo XIX, el valor que el pensamiento cristiano acuerda a la virginidad será sometido a las tentaciones de una moral social no necesariamente religiosa. El escenario social ya no es sólo la Iglesia, como ocurría en los tiempos coloniales, sino el teatro, la calle, los paseos, las visitas, fiestas y tertulias.

3.4.3.- De lo privado a lo público

Medianamente liberada de la cárcel familiar, con el peso de una responsabilidad capital como es la de educadora de los hijos de la patria, y con el ingrediente no menos riesgoso de su fragilidad moral y de responsable del honor de la familia, la mujer comienza a frecuentar la vida pública. Se entiende que esto ocurre con no pocas limitaciones y siempre constreñida por numerosos interdictos que se remontan a los inicios de su árbol genealógico.

En este sentido, el *Manual de Urbanidad* de Carreño ofrece un método de conducta que garantiza las coordenadas para mantener aquella reputación moral de vieja data, aún participando de actividades públicas que hasta entonces

¹²⁵ Quintero, Inés, 1999: 37.

les habían sido negadas. Si es sólo en el transcurso del siglo XIX cuando las mujeres comienzan a ocupar los espacios públicos, es natural que en su *Manual de Urbanidad* Carreño se haya ocupado de ellas como lo hizo. Por ello, no asombra que todas las convenciones del texto sobre las distancias corporales, los contactos, las miradas, el trato, el tacto social y el baile se dirijan, consuetudinariamente, a la regulación de la conducta del "bello sexo".

Se trata de mantener los mismos valores que la concepción cristiana había diseñado para la mujer, pero con un nuevo matiz que parece reconocer su irrefrenable participación en el espacio público. Es decir, se acepta lo que comienza a ser uso, aunque bajo ciertos parámetros altamente apreciados por la sociedad de la época. El *Manual de Urbanidad* de Carreño amplía un poco más el radio de la acción femenina, comprende su participación en sociedad y articula su conducta sobre la base de un sistema de valores coherente a los hábitos morales de la población. He aquí los parámetros de este sistema de valores:

La totalidad de las religiones establecía de manera explícita el espacio en el cual debía desempeñarse la acción femenina: el de la vida doméstica. Afirmaban categórica y dogmáticamente su inevitable obligatoriedad de estar sujetas a la autoridad masculina; pautaban una moral reguladora de la vida de la mujer, fijando los principios y valores normativos de la conducta femenina. Indistintamente (...), le corresponde a la mujer conducirse de manera devota ante el Ser Supremo y, por mandato de Él mismo, llevar una vida guiada por la moderación, la obediencia, la sumisión, el recato, la castidad, la mesura, la caridad, la bondad, el sacrificio, en síntesis, conducirse dentro de la virtud.¹²⁶

En el marco de la nueva sociabilidad que, como hemos visto, no está necesariamente constreñida a las actividades religiosas, la tarea que se impone es la de ofrecer, mediante una adecuada conducta, la apariencia del conocimiento y la posesión de los valores enumerados en la cita que acabamos de leer. Ceñido a un culto por las apariencias desarrolla Carreño su glosario de la conducta femenina. Según esta concepción, es inadmisibles que una mujer hable a solas con un hombre que no conoce, pero la falta es más grave si lo hace en el espacio público de una fiesta, pues con ello se expone al juicio y a la mirada del otro, suspendiendo

126 Quintero, Inés, 1998: 12

en el acto las nociones de pudor y decencia propias de su condición de “bello sexo”:

Si es siempre un acto impropio y enteramente ajeno de una mujer bien educada, el aparecer ante los extraños á solas con un sugeto determinado, la impropiedad sube de punto, y la sociedad experimenta toda ella una sensación desagradable, cuando esto acontece en un festín, donde el mayor número de los que observan debe inspirar mayor circunspección y decoro, y hacer mas exaltados los sentimientos del pudor y de la decencia que tanto adornan y enaltescen al bello sexo. (MU, 223)

En dirección opuesta, le estará categóricamente prohibido a un caballero establecer contacto con una dama que sólo ha conocido ocasionalmente:

Está enteramente prohibido á un caballero, como un acto de mui mala educación, el ofrecer compañía á una señora que se retira de un festín y con la cual no tiene amistad, aunque haya sido presentado á ella ocasionalmente, haya bailado con ella, ó le haya tocado obsequiarla en el curso de la reunion." (MU, 224)

3.4.4.- La mujer frente a la relativización de sus límites espaciales. Ventana con ventanera es igual a ocio. La ventana como orificio

La costumbre de conversar desde la ventana fue una práctica social bastante practicada en la Venezuela decimonónica. En 1881 José Martí recorre Venezuela, mostrando evidencias claras de la impresión que esta costumbre produce en él y de la facilidad con que se produce el trato entre los géneros:

Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable, porque hombres y mujeres charlan admirablemente. Se interesan por nuestras penas, le hablan a uno de sí mismo. Se tiene la sensación de no estar perdido en el mundo como una hormiga o una mariposa. Se goza del dulce placer...¹²⁷ y de muebles venerables, herencia de familia, donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros tranquilos y soberbios, donde

127 Falta la continuación. Agregamos aquí otros fragmentos que parecen corresponder al mismo trabajo. (Nota agregada por los editores al pie de la página).

los ojos en vez de mirar, mandan, donde los labios en vez de hablar, queman.¹²⁸

Miradas que mandan y labios que queman. Con semejantes connotaciones se explica la rigurosa normativa que propone Carreño en relación con la ventana. Y no es para menos. La ventana funciona como un puente entre el espacio privado de la casa (básicamente femenino) y el mundo exterior. La sociabilidad ejercida desde la ventana, relativiza la privacidad del hogar y ofrece una perspectiva de lo público que altera los límites entre adentro y afuera. En este sentido, la ventana es un orificio peligroso, pues introduce el desorden en la apacible tranquilidad del hogar.¹²⁹ Por otro lado, una mujer en una ventana supone, no sólo cortejo, sino también ocio.

La preocupación por los efectos perniciosos del ocio y su regularización permite observar algunas características del proceso de laicización de la moral católica emprendido, particularmente, por Carreño en su *Manual de urbanidad*. A inicios del siglo XIX, Don Juan Castillo, un ciudadano cuyo honor había sido mancillado en la ciudad de San Fernando de Apure, se dirige a la entidad judicial más próxima para pedir una suerte de certificado de honestidad que dé cuenta de la integridad moral de su mujer, cuya decencia había sido puesta en duda por otro ciudadano de la localidad. Su defensa, guardada en el Archivo Arquidiocesano de Caracas y analizada por Elías Pino Iturrieta, descubre interesantes valores morales que cobran forma y sentido en el manual que nos ocupa. Veamos su testimonio:

Estoy dolorido Teniente. Mi mujer ha sido la joya de más precio y estimación porque la he tenido por honrada, porque lleva una vida laboriosa: el cuidado y crianza de nuestros hijos, dejando a mi persona el gobierno de la casa y ella en el cuidado y crianza de nuestros niños, tan laborioso que no le ha permitido lugar para ocuparse de otros manejos. Una lengua viperina quiere desacreditar el honor más justificado cambiando con malicia refinada el crédito ordenado, orden y juicio por el acalorizado desorden. La lengua viperina y ociosa de Corrales, el que piensa que para todo le sobra tiempo, el

¹²⁸ Martí, José, 1977. *Nuestra América*. Caracas, Fundayacucho. N° 15. P. 234.

¹²⁹ Mary Douglas ha llamado la atención sobre las analogías existentes entre los orificios del cuerpo como zonas de peligro que, poniendo en entre dicho la integridad corporal, amenazan las fronteras corporales y, concomitantemente, las fronteras de la comunidad. Tomo prestada su noción de orificio para expresar el mismo peligro que supone la ventana en tanto válvula de desagüe de la virtud femenina, pues relativiza los límites entre el espacio privado del hogar (básicamente femenino) y el espacio público (básicamente masculino). Douglas, Mary, 1991.

genio feroz, el mayor furor con la mayor barbarie quiere indisponer nuestro sagrado matrimonio.¹³⁰ (Se han hecho correcciones ortográficas).

El testimonio del afectado es transparente en el sentido de establecer las virtudes de su consorte. Se trata de una mujer ocupada en las labores domésticas y en modo alguno concupiscente como ha querido hacerlo ver el atacante. Las relaciones entre su declaración y los valores esbozados años más tarde por Carreño en su *Manual de Urbanidad* son transparentes. También para Carreño la ocupación elimina los peligros del ocio. Ambos establecen la asociación entre trabajo doméstico y honestidad con una pequeña variación de los objetivos: mientras para Don Juan Castillo la actividad hogareña es equivalente a santidad, Carreño la asume como un valor social, inscrito tanto en las nociones de urbanidad y buenos modales como en el modelo de conducta de la buena católica.

El ocio es contradictorio a las nociones de progreso y eficacia productiva que los nuevos tiempos reclaman. De allí, el interés de Carreño por imponer una estricta economía del tiempo, una normativa de su empleo coherente con el nuevo proyecto republicano. Si bien el punto de partida de esta normativa es la dedicación general al trabajo, es necesario también considerar la aplicación del método como parte indefectiblemente ligada al trabajo. En el caso de la mujer, la adquisición del método será indispensable para ejecutar con eficacia las tareas del hogar, pues el método instaura el hábito y, por extensión, la regularidad y coherencia necesaria para emprender el arreglo de la casa y la higiene del cuerpo. De este modo, trabajo y método garantizan la eficacia productiva, el decoro de la familia y el bienestar de la patria. Pero en la medida en que el trabajo se consolida en actividad indisociable del nuevo ciudadano, se impone la regulación de una actividad no menos totalitaria: las actividades del tiempo dedicado al ocio.

No aparezcamos habitualmente en las ventanas que dan á la calle, sino en las horas de la tarde ó de la noche, en que ya han terminado nuestros quehaceres del día. Una persona en la ventana fuera de estas horas se manifiesta entregada á la ociosidad y al vicio de una pueril ó dañada curiosidad, y autoriza á sus vecinos para creerse por ella fiscalizados. (MU, 100)

130 Pino Iturrrieta, 1996: 540.

Como se observa, sólo se acepta el uso de la ventana bajo ciertas y determinadas condiciones que no pongan en peligro, ni la honestidad de la mujer, ni la coherencia de las funciones asignadas a cada uno de los miembros de la familia.

3.4.5.- Ventana con ventanera es igual a promiscuidad

En lo concerniente a la mujer y a sus relaciones con el género masculino, la ventana será un lugar permanentemente cargado de peligro, un espacio que irá siempre en detrimento de la percepción de su virtud. Una mujer en una ventana implica promiscuidad, supone riesgo. Cónsono al estilo que lo caracteriza, Carreño comienza impartiendo instrucciones terapéuticas de corte racional, una suerte de "principios generales" para, de inmediato, ocuparse de la construcción de un apretado cerco que impida el despliegue de la lujuria.¹³¹

La ventana es uno de los lugares en que debemos manejarnos con mayor circunspección. En ella no podemos hablar sino en voz baja, ni reírnos sino con suma moderación, ni llamar de ninguna manera la atención de los que pasan, ni aparecer, en fin en ninguna situación que bajo algún respecto pueda rebajar nuestra dignidad, y dar una idea desventajosa de nuestro carácter y de nuestros principios. (MU, 100-101)

Una vez fijadas las coordenadas generales de la conducta en el espacio mitad privado – mitad público de la ventana, comienza la elaboración de los métodos ortopédicos femeninos que le interesan:

En ninguna hora es decente ni bien visto que una mujer aparezca habitualmente en la ventana á solas con un hombre, sobre todo si ambos son jóvenes, sean cuales fueren las relaciones que entre ellos medien, á menos que sean las de padre e hijos, hermanos ó esposos. (MU, 101)¹³²

¹³¹ Este método consolida el estilo de su prosa. Una muestra de esta técnica se observa cuando se refiere a la conducta de la mujer en la ventana, en este aspecto siempre recurrirá el tópico de la mala educación para delimitar, de inmediato, los valores del honor y la virtud femenina que tanto le interesa preservar. Del mismo modo ocurre cuando despliega sus conceptos sobre higiene en términos de preservación de la salud, aunque rápidamente se extiende en lo que también le interesa: negar y proscribir el cuerpo orgánico que secreta, escupe y defeca, así como también el cuerpo erótico que toca, se acerca y relativiza peligrosamente los límites corporales.

¹³² La interdicción es categórica y se extiende al resto de los espacios de la casa: "La prohibición contenida en el párrafo anterior [en ninguna hora es decente ni bien visto que una mujer aparezca habitualmente en la ventana á solas con un hombre...], con las excepciones en él indicadas, se extiende á la sala y á las demas piezas de recibio, donde tampoco es lícito á una mujer, en ninguna circunstancia, aparecer conversando á solas con un hombre, y menos aparecer habitualmente al lado de un sugeto determinado, cuando existen delante personas extrañas. (MU, 101).

La interdicción es categórica, pues la ventana es un orificio peligroso, un puente que permite el acceso a la promiscuidad. En consecuencia, no está permitido conversar con quienes pasan frente a la ventana, sobre todo si la charla se produce entre personas de diferente sexo. Tampoco le estará permitido a "ventaneras" de todo tipo fijar la vista a las personas que pasan por el frente, ni permitir que alguien se detenga frente a ellas aunque sólo sea con la excusa de saludar.

Cuando una señorita se encuentre sola en su ventana, y algún amigo de la casa que ignore los deberes de la buena educación, se detuviere por defuera á conversar con ella, empleará todos los medios delicados que estén á su alcance para que el amigo éntre ó se retire. (MU, 102)

En tanto puente de unión entre lo público y lo privado, la ventana es uno de los lugares en el que los individuos deben manejarse con mayor circunspección. Como el espacio privado está consagrado enteramente a la mujer, es ella quien debe observar con mayor severidad estas normas, pues la ventana atenta contra las nociones de recato, pudor, obediencia y recogimiento propias de su sexo.

Otro ejemplo que muestra cómo el tópico de los buenos modales no es más que una excusa para controlar la decencia de las relaciones entre los géneros, es la normativa referida a los transeúntes y sus relaciones con "ventaneras":

No es admisible la costumbre de saludar á las señoras que están en sus ventanas, cuando con ellas no se tienen relaciones de amistad; y aun teniéndolas, si no son íntimas, no deben saludarse desde la acera opuesta cuando ha entrado ya la noche, ni á ninguna hora si se encuentran en ventanas con celosías. (MU, 107)

La existencia de la celosía aunada a la oscuridad de la noche agrava la falta, pues en el marco del culto a las apariencias, la conducta pública no sólo debe ser transparente sino que no debe despertar sospechas en todo cuanto concierne a las relaciones entre los sexos.

3.5.- EPÍLOGO

El análisis de la normativa que, con relación a la conducta femenina, propone el *Manual de Urbanidad* de Carreño, nos permite precisar algunas certezas. La primera y más categórica de ellas es el papel protagónico que interpreta la mujer en la nueva sociedad republicana. En efecto, le corresponde a ella no sólo ser madre y esposa, sino que, en tanto responsable de la primera educación de los hijos, también será la modeladora de su alma sensible. Delicadísima tarea de la cual depende nada menos que el futuro bienestar de la patria.

La nueva nación requiere de la sensibilidad femenina para domeñar el alma sensible de sus ciudadanos. Por ello, los discursos apuntan a la fragilización de lo femenino generando la batalla entre dos mujeres antitéticas: la santa y la prostituta. La primera ofrecerá los valores de virtud, honor, pudor e inocencia. En cuanto a la segunda se produce su ostracismo, pero su influjo permanece como un peligro latente que conviene amordazar.

Para hacerlo, se impone un culto a las apariencias, se regulan las condiciones del trato y del intercambio social entre los géneros. Se ofrece un modelo de conducta cónsono con los nuevos valores sociales, sin olvidar por ello la condición de pecado que pesa sobre la mujer desde los días de Adán y Eva. Carreño no parece compartir con sus antecesores, obispos de Caracas, como Mariano de Talavera o Francisco Ibarra, la idea de la diabolización femenina; sin embargo, como ellos impone un rol y define un cerco bien restringido a la conducta de sus contemporáneas.

En su *Manual de Urbanidad*, Carreño ofrece una normativa puntillosa mediante la cual la mujer puede poner entre paréntesis su condición de representante de Satanás en la tierra. Una disciplina de interacción social que, basada en la prudencia, elimine sus desvaríos y defectos: la envidia, el chisme o la curiosidad. Una responsabilidad social de primer orden en tanto que conductora por excelencia del espacio doméstico, enteramente dedicada a una actividad útil como es el orden y funcionamiento de la casa, además de la educación de los hijos. Un rol social pasivo, circunscrito al ámbito doméstico, que lleva a un espacio tolerable con los nuevos valores republicanos, la consabida minusvalía intelectual femenina.

Es evidente el hecho irrefrenable de la participación femenina en la vida pública a todo lo largo del siglo XIX, por eso los discursos pedagógicos repiten hasta la saciedad la misma cruzada de valores. Por eso, se imponen medidas para normativizar su conducta y en esta tarea los elementos y valores cuidadosamente estigmatizados por la religión subyacen en el imaginario de quienes elaboran manuales y métodos de comportamiento. En este orden de ideas, no cabe duda de que persiste el modelo de la mujer católica. Sin embargo, hemos visto cómo para la época, no sólo la Iglesia comenzaba la desatanización de la mujer atribuyéndole el imaginario de María Inmaculada, sino que el pensamiento Romántico contribuye con otros ingredientes de orden afectivo: la capacidad de sensibilidad y de creación de lo femenino. De ambos modelos se nutre la propuesta pedagógica de Carreño.

Inscrito en el marco de construcción de la nación, el trabajo pedagógico de Carreño ofrece las coordenadas de conducta del ciudadano ideal. Dichas coordenadas son el producto de un acuerdo tácito entre las necesidades y emergencias del momento y las convenciones y valores tradicionales de la sociedad. En este orden de ideas, el *Manual de Urbanidad* otorga un rol social a cada uno de sus ciudadanos, un rol que al mismo tiempo condiciona su participación en sociedad: la mujer en la casa, el hombre en la calle, el niño en la escuela.

Con relación a lo femenino, las coordenadas de este modelo serán definidas desde la infancia. En la casa, la niña se entrenará junto a la madre en la realización de las tareas domésticas. En la escuela seguirá con atención los programas de educación adecuados a su sexo: costura, cocina, urbanidad, lectura, algo de aritmética, etc. Con semejantes herramientas educativas la mujer podrá emprender con coherencia el papel que la sociedad le ha conferido.

En síntesis, en manos de Carreño se opera la fragilización de lo femenino. A pesar de que la mujer sigue formando parte indisociable del espacio doméstico, el *Manual de Urbanidad* le ofrece un método de conducta que le permita acceder a lo público sin alterar la percepción de las virtudes que le han sido asignadas a su sexo. El método es cónsono a la conducta que se espera de las mujeres de la época. Sobre todo en el marco de la nueva sensibilidad acaecida a todo lo largo del siglo XIX, en el que el valor que el pensamiento cristiano había

acordado a la virginidad está sometido a las tentaciones de una moral social no necesariamente religiosa.

